

LOCALISMO Y MIRADAS URBANAS: LAS MONOGRAFÍAS LOCALES EN EL ECUADOR DEL SIGLO XX

Hernán Ibarra

Centro Andino de Acción Popular, CAAP

RESUMEN

La construcción del Estado nacional involucró la conformación de las localidades y la difusión de los idearios y símbolos nacionales. Las monografías locales transmitieron estos símbolos con el propósito de vincular las patrias chicas a la nación. Las miradas urbanas locales se convirtieron, a menudo, en imágenes del progreso y retratos de las élites locales. El período de mayor producción de estas monografías –1920 y 1960– coincide con el auge de la prensa regional. Esto revela la relativa eficacia con que se propagaron los símbolos patrios durante el período de profundización de la división político-administrativa y la constitución de los poderes locales en el Ecuador.

PALABRAS CLAVE: localidades, Estado nacional, cultura popular, historia nacional, monografías locales, prensa regional, nacionalismo, intelectuales, Ecuador, siglo XX.

ABSTRACT

The construction of the national State involved the shaping of localities and the diffusion of ideologies and national symbols. The local monographs transmitted these symbols with the primary aim of linking the various districts to the nation. The urban local expression was often converted into images of the progress and portraits of the local elite. The period of major production of these monographs –1920 and 1960– coincides with the boom of the regional press. This reveals that the national symbols were spread with relative effectiveness during the period marked by the deepening of the political administrative division and the constitution of the local powers in Ecuador.

KEY WORDS: localities, national State, popular culture, national history, local monographs, regional press, nationalism, intellectuals, Ecuador, 20th century.

INTRODUCCIÓN

Durante el siglo XX, se desarrolló en el Ecuador la producción de monografías locales. Hasta mediados del siglo pasado, se aprecia un caudal continuo de estos estudios. Efectivamente, entre 1920 y 1960 emergieron determinadas manifestaciones de identidad local cuyas huellas fueron la prensa local y las monografías de localidades y pueblos. Pero ese florecimiento se desarrolló en el marco de sociedades locales caracterizadas por la desigualdad y una ciudadanía restringida. Esto implicaba una reapropiación histórica y la construcción de símbolos identitarios. Este particularismo local, no confluyó, ni era su intención promover agregaciones más amplias de escala regional. Se trata de representaciones sociales que adaptaron al plano local los modos de construcción nacional. Después de 1960, disminuye la producción de esta literatura, pero se reanima con el comienzo de los procesos de descentralización del Estado. Algunas monografías de este ciclo actual, han sido auspiciadas por municipios y consejos provinciales.

Desde 1830, el Ecuador atravesó por un proceso de construcción nacional que pasó desde los intentos por establecer un sentido nacional en el siglo XIX, hasta la consolidación de un Estado centralizado después de 1930. Este ciclo de construcción estatal nacional llegó hasta 1980, cuando empieza un proceso de redefinición de las relaciones entre Estado y sociedad en el marco del ajuste estructural. A fines del siglo XX, se produce una nueva situación dada por lo que se ha llamado lo posnacional. Esto supone cambios en los imaginarios nacionales y las funciones clásicas de los Estados, cuando irrumpen simultáneamente las presiones de la globalización y otras de tipo local y regional. Esto no significa la desaparición de los nacionalismos, sino su retroceso por la competencia con localismos e idearios étnicos.

En la conocida definición de Benedict Anderson, la nación es una comunidad política imaginada, surgida a través de la creación de nuevos lazos que han desplazado el mundo ideológico tradicional anterior.¹ Uno de los argumentos centrales de Anderson tiene que ver con lo que el denomina el apareamiento del "capitalismo impreso". Este sería la publicación masiva de textos que contribuyeron a desarrollar procesos imaginarios. Tanto la novela como el periódico, surgidos en el siglo XVIII, tuvieron una forma de representación imaginaria en la cual puede ocurrir una simultaneidad de tiempos con personajes distantes y distintos que, sin embargo, se hallan vinculados por la trama literaria.

1. Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica (FCE), 1993, p. 25.

El Estado nacional construye una territorialidad, que define tanto los límites externos con otros Estados, y los internos, que expresan las relaciones de las regiones o zonas internas con el territorio nacional. Los límites internos son demarcaciones administrativas que en los modelos estatales centralizados, tienden a una delimitación territorial que garantiza el control del centro sobre la periferia.

De esta manera, el territorio con sus límites externos e internos, recurre a la historia y a la geografía. Con la historia, en tanto se construye una historia nacional circunscrita a un territorio. Con la geografía, en cuanto hay un espacio encerrado en distintos límites. Todo esto contribuye a generar una identidad nacional. La organización política estatal está relacionada con el territorio geográfico y su procesamiento se expresa como una ideología territorial con sus símbolos unificantes y criterios de pertenencia en la historia y geografía particular de su territorio, su cultura, tradiciones, lenguaje y paisaje.²

Los idearios –ahora en declinación– que sustentaban el Estado nacional fueron muy vigorosos y anclados en los mecanismos de dominación política y cultural. Como dice Geertz, las ideologías nacionalistas, tienen su origen en los grupos dominantes que buscan con un marco simbólico integrador, dar sentido a una profunda diversidad social y étnica en nombre de una identidad general.³ A esto también alude Mann, con su argumento de que son los “nacionalistas estatistas” quienes crean inicialmente el sentimiento nacionalista, sustentándose en los funcionarios del Estado y la extensión del sistema educativo. Es un nacionalismo que se implanta inicialmente en las élites y las clases medias, para diseminarse luego a las clases bajas.⁴

En el caso de un Estado centralizado como el ecuatoriano, las ideologías territoriales tuvieron una consolidación en el siglo XX, coexistiendo con versiones de estas ideologías en el plano local. Y éstas fueron parcialmente expresadas en textos de historia, generalmente conocidos como monografías.

Las monografías locales, producidas en el siglo XX, tomaron como referencia territorial la provincia, el cantón y la parroquia para situar los textos. En términos generales, estas monografías tendieron a insertar la vida local en el espacio y en la historia nacional. Fue una manera en que los intelectuales de provincia, interiorizaron la historia nacional, ubicándola en su ámbito administrativo. Este localismo trataba de relevar el papel de las élites locales, pero fueron construyendo miradas sobre los rasgos urbanos que emer-

2. James Anderson, “Nationalism and Geography”, en *The rise of modern State*, Brighton, Harvest Press, 1986, p. 116.

3. Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1990, pp. 192-196.

4. Michael Mann, *Las fuentes del poder social, II. El desarrollo de las clases y los Estados nacionales, 1760-1914*, Madrid, Alianza, 1997, p. 109.

gían en pueblos y ciudades ecuatorianas. Al insertar la vida local en el espacio y en la historia nacional surgió una adopción de los símbolos patrios que implicaron una paralela elaboración de símbolos y referencias distintivas que fundamentaron identidades locales.

Si se procedía a historiar un lugar, éste podía ser observado desde la época precolonial hasta la era republicana, período al que se le ponía mejor atención, puesto que estaba más cerca de la configuración nacional. Se indicaban las personalidades que se han destacado en las distintas épocas históricas, los momentos de formación de parroquias y cantones, las rivalidades o conflictos con pueblos vecinos. Con mayor o menor detalle, se proporcionaban datos de tipo geográfico y otros de naturaleza económica, tales como listados de haciendas, empresas manufactureras, actividades artesanales y comerciales. Aparecieron también informaciones demográficas de tipo general. La difusión de la técnica del fotograbado permitió utilizar el retrato fotográfico y la fotografía de escenas urbanas y rurales. Las personas retratadas poseían algún rango político, social o económico, o todos a la vez. Eran autoridades locales, terratenientes, comerciantes, profesionales liberales, curas, maestros y en menor escala artesanos ascendentes. Figurar en una monografía fue un factor de prestigio dado por pertenecer a un grado superior de la sociedad del lugar.

MICROHISTORIA E HISTORIA LOCAL

En la disciplina historiográfica, una corriente que ha tomado relevancia es la historia local que tendría una cualidad: captar la totalidad histórica en un ámbito pequeño y localizado geográficamente, que permitiría “el análisis profundo de una localidad, se trate de un poblado o de una provincia, en un intento por escribir una ‘historia total’ dentro de un marco geográfico controlable, y al hacer esto esclarecer problemas más amplios con respecto a las transformaciones históricas.”⁵ En la tradición francesa existió desde el siglo XVIII, una corriente de historia de ciudades que tendía a resaltar las particularidades de los centros urbanos con sus personalidades y estamentos.⁶

La noción de microhistoria tiene fundamentalmente dos vertientes. La primera, originada en el trabajo de los historiadores italianos, que influidos por la corriente de *Annales* y el clima cultural de 1968, produjeron estudios

5. Lawrence Stone, *El pasado y el presente*, México, FCE, 1986, p. 42.

6. Robert Darnton, *La gran matanza de gatos y otros episodios de la historia de la cultura francesa*, México, FCE, 2004, pp. 109-115.

históricos que plantearon un acercamiento a eventos y actores del pasado con un cambio de escala que implicaba una profundización sobre los eventos investigados y una lectura intensa que permitía encontrar en lo particular implicaciones que replanteaban procesos generales.⁷ *El queso y los gusanos*, de Carlo Ginzburg, la obra más divulgada de la microhistoria italiana, plantea a través de la vida de Menocchio, un molinero de Friuli en el siglo XVI, la constitución de una visión del mundo en la que confluyen los elementos religiosos tradicionales, las creencias heréticas y las lecturas.⁸ Un personaje, permite discutir la problemática de la cultura popular del Renacimiento. Un caso particular permite iluminar una problemática general.

La segunda vertiente es la reconstrucción de pueblos y microregiones, que suele ser definida como historia local. El ejemplo más notable para América Latina es *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, de Luis González. Publicado originalmente en 1968, fue el resultado del año sabático de un historiador profesional, que decidió regresar a su pueblo natal, para escribir su historia. Allí, en un reencuentro con sus raíces, González capturó la dimensión local de la historia y la vinculó a los eventos nacionales, sin que lo local perdiera su especificidad, y más bien contribuyó a una problematización del significado de una historia local confrontada con una perspectiva nacional dominante. De este modo, emergió un pequeño pueblo que vivió la revolución mexicana y la revolución cristera desde sus propias peculiaridades.⁹ La merecida fama que goza este libro reside, además, en la capacidad de combinar fuentes tradicionales con la historia oral y un estilo literario.

Luis González propuso definir a la microhistoria en oposición a la macrohistoria, donde la historia municipal y provincial se contraponen a la historia nacional. “Matria, en contraposición a patria, designaría el mundo pequeño, débil, femenino, sentimental de la madre; es decir, la familia, el terruño, la llamada hasta ahora patria chica. Si nos atrevemos a romper con la tradición lingüística, el término de historia matria le viene como anillo al dedo a la mentada microhistoria”.¹⁰ Por eso, hacer historia de pequeños pue-

7. Carlos Aguirre Rojas, “Invitación a otra microhistoria: la microhistoria italiana”, en *Histórica*, vol. XXVII, No. 2, 2003, pp. 283-317.

8. Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik Editores, 1986.

9. Luis González, *Pueblo en vilo*, México, FCE, 1984.

10. Luis González, *Invitación a la microhistoria*, México, FCE, 1986, p. 15. En su percepción del “espíritu” microhistórico mexicano, González anota los defectos de estas visiones históricas: “Como la fachada de las vidas política, militar y religiosa produce documentación abundante y asequible, nuestra historia parroquial sigue adicta a los sucesos bélicos, políticos y religiosos de relumbrón. Como el historiador parroquial generalmente es un empleado de la autoridad civil o de la autoridad religiosa o de la autoridad económica o de las tres, acostumbra añadir a sus efemérides chorizos de semblanzas prosopopéyicas de sus patrocinadores y de los

blos, ciudades y regiones, resulta ser la historia “matria” en oposición a la historia “patria”, puesto que se trataría de captar la vida de la gente y la singularidad de los procesos locales.

En este punto cabe indicar una especificidad de la historia urbana. Su objeto es el de observar las transformaciones de las ciudades en el tiempo. Puede recoger enfoques provenientes de la geografía, la antropología y la sociología que proveen el marco conceptual. Hay una cercanía con la historia social desde la perspectiva de que emergen los actores sociales y políticos junto a las culturales y simbólicas en un marco urbano contrastado con su opuesto: lo rural. De allí que la historia urbana sea una forma de historizar lo social en los espacios urbanos.

Además, la historia urbana ha desembocado en los imaginarios. Por eso es sugerente mencionar las imágenes de Buenos Aires en las primeras décadas del siglo XX que aluden a lo celebratorio y lo mostrable:

Hay un primer grupo de miradas que, esquemáticamente podríamos llamar celebrativas: de un momento histórico de la ciudad, de su presente, de su futuro. Coinciden todas en una visión reconciliada y en un circuito, de hechos y lugares, que no difiere mucho de un circuito turístico: como un manojo de postales se reúnen en el relato monumentos al progreso y arrabales pintorescos. Son narraciones que se autosometen, en toda su extensión, a la complicada pregunta sobre qué se debe “mostrar” de una ciudad.¹¹

No debe sorprender que estas miradas casi turísticas hayan predominado en las visiones de Quito y Guayaquil de comienzos de siglo XX, y fueron importantes porque definieron el papel progresista de la urbanización. Esto apunta a la conformación de imaginarios como representaciones de las ciudades.

Todas estas formas de práctica de la historia, en las variantes de la microhistoria y la historia urbana mencionadas antes, sirven como contrapunto a la modalidad específica del ejercicio de la historia local en el Ecuador. Se trata de poner en perspectiva un modo de conocimiento histórico que eligió los segmentos de la división político-administrativa como marcos de un saber local. Entonces, lo que se debe dilucidar en primer lugar son las condiciones iniciales del apareamiento del género monográfico ecuatoriano.

parientes de sus patrocinadores. La mayoría de la historia matria calla casi siempre los aspectos más significativos de la vida lugareña; deja fuera lo mejor; solo cultiva las porciones menos fértiles de su campo”. *Ídem*, p. 65.

11. Adrián Gorelik, “Miradas sobre Buenos Aires: itinerarios”, en *Punto de Vista*, No. 41, diciembre 1991, p. 21.

EL ORIGEN DE LAS MONOGRAFÍAS

En el Ecuador se pueden encontrar en la segunda mitad del siglo XIX antecedentes relativos a la descripción de situaciones locales. Los informes de gobernadores de provincia, comunicaban a los ministros del Interior la situación de las provincias, los cambios demográficos, cuestiones administrativas, eventos políticos. Éstos, a su vez, se sustentaban en los informes de autoridades de rango inferior. Los conocimientos resultantes de las vinculaciones administrativas del aparato de Estado evidenciaban el alcance y las escalas de poder del Estado nacional. Ciertas descripciones geográficas como las de Villavicencio y Wolf, aportaron a un conocimiento concreto de regiones y localidades.

Llamo la atención sobre dos textos que fueron influyentes en proponer una imagen de la nación y sus articulaciones desde una perspectiva de la estructuración del Estado nacional. En *El Ecuador en Chicago* (1894), emerge simultáneamente una imagen escrita y visual de la nación con las particularidades nacionales y locales. Una representación de las élites políticas y culturales junto a los poderes del Estado. Se fijaba una norma de lo que es una ciudad, diferenciándola de un simple pueblo, y apuntando a realzar las capitales de provincia y los espacios rurales desde la perspectiva de los terratenientes. Las descripciones, poseen generalmente un lenguaje similar a los informes de autoridades locales. A comienzos del siglo XX, la *Guía Comercial, Agrícola e Industrial de la República* (1909), tiene una sección geográfica general junto a secciones monográficas con directorios por provincias y cantones. En las élites constan cargos públicos y judiciales, los propietarios y comerciantes, ocasionalmente los artesanos. Estos dos textos, el primero bajo una iniciativa estatal, y el segundo bajo un propósito comercial y publicitario, fijaron un modelo que sirvió para la confección futura de monografías. Cumplieron una función “autor”, que consiste en “la posibilidad y la regla de formación de otros textos”.¹² Instauraron una discursividad, un estilo y una manera de figuración de la vida local.

Las condiciones para el apareamiento de las monografías fueron de índole administrativa, junto con los procesos de cantonización y parroquialización que demandaban una justificación de la importancia de una localidad. Asimismo, los procesos de urbanización que tornaban importantes y reconocibles a ciudades situadas en zonas con crecimiento económico por actividades mercantiles o agroexportadoras. Algunos escritores publicaron pro-

12. Michel Foucault, “¿Qué es un autor?”, en *Obras Esenciales*, vol. I, Barcelona, Paidós, 1999, p. 344.

fusamente monografías cuando encontraron latente el deseo de ver retratadas ciertas localidades.¹³ No menos importante era la existencia de alguna actividad comercial o profesional que permitía insertar avisos pagados para financiar la publicación. Una monografía resulta entonces la biografía de un mundo local en un grado dado de desarrollo.

Las monografías serían una clara muestra de que, mientras se desarrollaba la configuración del espacio nacional, también se promovía una toma de conciencia de la importancia de lo local. Esto tiene que ver con el hecho de que, si bien ya la mayoría de las provincias serranas y costeñas prácticamente quedaron configuradas en la segunda mitad del siglo XIX, no fue así con la demarcación político-administrativa en el interior de las provincias, donde prosiguió una incesante creación de cantones y parroquias durante el siglo XX. La fundación de un cantón era un momento digno de ser considerado como hecho histórico. En términos proporcionales se produjeron menos monografías de parroquias.

Las monografías de cantones y parroquias son la constatación de los alcances de un conocimiento local logrado por sus representantes o intérpretes intelectuales. Más interesados en retratar a las élites locales que a los habitantes comunes, aportaron a la definición del universo de la vida local con limitaciones de conocimiento e información. El saber producido en las monografías es una puesta en escena de los aspectos destacables de la vida local ignorando hechos y actores que muestren rasgos no compatibles con las élites. El relato monográfico es como un espejo que refleja aquello que los notables quieren y desean ver. Mirarse a sí mismos con la particularidad que les confiere su posición. En realidad, lo que interesaba era ponerse a la altura de lo que se suponía era el desarrollo del Estado nacional.

Este tipo de descripciones surgieron en contextos de predominio rural y amplios sectores poblacionales iletrados que duraron hasta más allá de 1970, cuando la urbanización adquirió un ritmo sostenido, se expandió el sistema escolar y retrocedieron las tasas de analfabetismo.

13. El periodista costeño José Buenaventura Navas, encontró un "filón" en la necesidad de visibilidad que tenían las localidades costeñas. Sus monografías ponen mucha atención en retratar a las personalidades con sus familias. Aunque Navas declara estar realizando un trabajo para incorporar a los lugares que él reseña en la historia nacional, rescatándoles del olvido. Ver *Monografía histórica e ilustrada del cantón Vinces*, Guayaquil, 1924; *Monografía histórica e ilustrada de la parroquia de Manglaralto*, Guayaquil, Imprenta Guayaquil, 1923; *Monografía histórica e ilustrada del cantón Daule*, Guayaquil, Imprenta Comercial, 1931; *Monografía histórica e ilustrada del cantón Jipijapa*, Imprenta Guayaquil, 1933; *Monografía histórica e ilustrada de la provincia de Manabí*, Guayaquil, Imprenta Comercial, 1936.

INTELECTUALES Y SABERES LOCALES

Los autores de las monografías eran generalmente personas de las mismas localidades o residentes en ellas por bastante tiempo. Se trata de maestros, sacerdotes y periodistas. Esto nos acerca a la noción de intelectual tradicional que acuñó Gramsci, quien situó a los abogados, notarios y sacerdotes como las expresiones concretas de este tipo de intelectuales, aunque sin mencionar su vínculo con la producción escrita. Según la noción gramsciana, los intelectuales tradicionales son aquellos que cumplen un papel de mediación entre el Estado nacional y las sociedades rurales. Son poseedores de un saber intelectual que les permite vincularse a los campesinos.¹⁴ Con esta definición amplia de intelectuales, Gramsci se estaba refiriendo a los sectores ilustrados locales.

El papel de mediación que adquirieron los eruditos del lugar fue el de adaptar los símbolos y la historia de la nación a las condiciones locales. Fueron los procesadores y divulgadores de la comunidad imaginada nacional. Cumplían a escala local el papel asignado a los instruidos en el manejo de la escritura y la producción impresa en una sociedad con mayorías excluidas de la cultura letrada.¹⁵ En ambientes de predominio rural y débil urbanización, los habilitados para el manejo de la escritura eran una minoría.

Sería necesario, además, remontarse en el tiempo hacia concepciones anteriores para definir a un intelectual. Cuando José Buenaventura Navas estaba realizando una monografía de Jipijapa, se encontró con Zoilo Maldonado, autor de una monografía inédita de Machalilla, cuyos datos utilizó Navas. Queda constancia de que Maldonado es “el elemento intelectual mejor capacitado que tiene esta parroquia”, un joven pobre, que “es decente, honrado y culto”.¹⁶ No se sabe su ocupación, posiblemente un autodidacta, que cabe en la concepción de “elemento intelectual”, definido por un periodista que había hecho de la elaboración de monografías una parte de sus actividades.

A diferencia del antropólogo que viene desde fuera a buscar el “punto de vista del nativo”, en las sociedades locales, el autor de las monografías elaboraba el punto de vista de esas élites. Son “nativos” ilustrados que construyen un conocimiento basado en la experiencia cercana.¹⁷ Por su cercanía

14. Antonio Gramsci, “Apuntes y notas para un grupo de ensayos sobre la historia de los intelectuales”, en *Cuadernos de la Cárcel*, tomo 4, traducción de Ana María Palos, México, Era, 1986, p. 359.

15. Ver Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Santiago, Tajarar Editores, 2004.

16. José Buenaventura Navas, *Monografía histórica e ilustrada del cantón Jipijapa*, Imprenta Guayaquil, 1933, p. 216.

17. Algunas monografías fueron trabajadas por intelectuales reconocidos que ya habían al-

a las élites evidencian su existencia, que hasta cierto punto resulta “natural”. Por regla general, los intelectuales provincianos se hallaban distantes de la cultura progresista o contestataria. En la Sierra, sobre todo hay que pensar en el rol de las noblezas provincianas como sancionadoras de lo permisible en lo cultural.

Una fuente importante en la confección de las monografías fue la prensa regional, ya que en ésta se escribían esbozos históricos, semblanzas de personajes ilustres, o datos de interés. También en algunas circunstancias, la prensa quiteña y guayaquileña de mayor circulación, dio cabida a historias locales que luego fueron fuentes usadas en las monografías. En ocasiones se nota una clara transposición de datos sacados de la prensa regional hacia alguna monografía provinciana. De hecho, algunas de estas monografías no habrían sido escritas si no hubiera existido algún tipo de prensa local. Una coyuntura de florecimiento de esta prensa es discernible entre 1920 y 1950. Sin embargo, sus tirajes debieron ser muy exiguos, si se piensa que el diario *El Comercio* de Quito, tenía un tiraje de mil ejemplares en sus primeros años.

Se había producido una interiorización y asimilación de lo que era la historia nacional, sobre todo en los aspectos de consenso en torno al hecho colonial y la independencia. Por eso surgía la necesidad de encajar en esa historia nacional, creando un relato que situara el valor de eventos locales contribuyentes a esa comprensión de los acontecimientos históricos. Es la búsqueda del sentido de lo local en una corriente nacional. Un sentido que adquiere matices, puesto que los acontecimientos interesan porque ocurrieron en un territorio local y próximo. Así, se pueden buscar e incorporar datos arqueológicos, no tanto para situar controversias históricas, sino porque las informaciones arqueológicas proporcionan evidencias que enaltecen el lugar. O porque sus héroes estuvieron a la altura de los acontecimientos nacionales. Lo local vale porque empatiza con lo nacional.

Con todas las limitaciones que poseen este tipo de trabajos, no se puede negar el valor que tienen para la investigación social. Sea que ofrezcan datos puntuales, o un panorama general de una localidad, son fuentes que permiten una aproximación a su pasado. Sin embargo, a lo que aquí apuntamos, es a observar las tendencias generales que definieron este tipo de producciones culturales locales.

En una imagen muy socorrida de comienzos de siglo XX, hablar de lo provinciano era referirse a sitios donde “no pasaba nada” y el tiempo esta-

canzado un reconocimiento nacional. Estos son los casos de Pío Jaramillo Alvarado y Darío Guevara, quienes publicaron textos sobre Loja y Pelileo, respectivamente. Ver Pío Jaramillo Alvarado, *Historia de Loja y su provincia*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana (CCE), 1955; Darío Guevara, *Puertas de El Dorado. Monografía del Cantón Pelileo*, Quito, Imprenta Moderna, 1945.

ba congelado; en fin, los sitios carecían de interés. Esto, de acuerdo con la perspectiva de las ciudades grandes o de regiones con importancia económica. Y realmente pasaron muchas cosas con la terminación del ferrocarril en 1908 y la extensión de las vías de comunicación interregionales, desde 1930 hacia adelante. Claro que esto también profundizó el aislamiento y desconexión de las localidades marginadas de las redes de comunicación.

Si se recurre a los recuerdos del escritor esmeraldeño Nelson Estupiñán Bass, hacia 1920, la ciudad de Esmeraldas se hallaba muy articulada al sur occidente del Pacífico de Colombia, a tal punto que no se festejaban fiestas patrias. Y se celebraba el día de Colombia con numerosos eventos festivos. Por estos datos de Estupiñán es posible percibir el aislamiento de Esmeraldas, comunicado solo por vía fluvial con el interior de la provincia y navegación de cabotaje con el resto de la costa.¹⁸ Una vida local que transcurría muy distante de la integración Sierra-Costa que había producido el ferrocarril.

Por lo general había poca recepción de postulados de tipo reformista. La amplia mayoría de escritores ignoraron los planteamientos indigenistas y de reforma social que ya se publicitaron desde 1920 en adelante. Esto parcialmente respondía a que los escritores, situados en una corriente conservadora y católica, optaban por no dar atención a los idearios reformistas. Otro condicionamiento era la vigencia de la dominación étnica que teñía las relaciones sociales y políticas. Por eso es que la exaltación del pasado glorioso de las culturas indígenas y la omisión abierta en el presente, como se estiló generalmente en las monografías serranas, tuvo sus excepciones. Muy raramente se adoptaron planteamientos indigenistas. Uno de los pocos ejemplos al respecto es Segundo Luis Moreno y su monografía de Cotacachi.¹⁹ Como el autor era un músico militar con amplia sensibilidad hacia la cultura indígena, incorporó en su texto importantes datos etnográficos sobre los grupos indígenas.

La omisión de eventos conflictivos es la regla en los escritores monográficos, dado que ignoraron situaciones de alta conflictividad como las que ocurrieron en Azuay y Chimborazo, entre 1920 y 1940. Las menciones a conflictos rurales o levantamientos indígenas fueron muy ocasionales, y un raro

18. Nelson Estupiñán Bass, "Acuarela de Esmeraldas 1920", en *El Comercio*, 28 de marzo 1994. "No había agua potable, luz eléctrica, alcantarillado ni delincuencia; tampoco carreteras, los vehículos eran los vapores, las lanchas, las canoas y el caballo. Toda la provincia era sacudida por la malaria y acosada también por la tifoidea, la disentería y la buba. No había badeas (maricas) y las mesalinas no pasaban de dos". Estos signos de atraso que se mencionan, tales como la ausencia de luz eléctrica, agua potable y alcantarillado, eran innovaciones que ya estaban disponibles en los espacios modernizados de las ciudades más grandes.

19. Segundo Luis Moreno, *Cotacachi y su comarca*, Quito, Editorial Don Bosco, 1966.

caso de narración descriptiva sobre una rebelión indígena de fines del siglo XIX fueron los datos proporcionados por Coba Robalino en una monografía de Pillaro.²⁰

En tanto las monografías se centraron en las cabeceras de cantones y de parroquias, promovían sobre todo los aspectos que podían señalar el progreso y la modernización con la electricidad, los monumentos y espacios públicos. Estos rasgos de desarrollo urbano, adquirirían un matiz civilizatorio. Generalmente incorporaban lo rural desde la perspectiva de los hacendados. Los peones aparecían como parte de la propiedad en las fotografías de éstas, pero no merecían ser identificados como individuos.

En la Costa, los campesinos eran mencionados en muy raras ocasiones y señalados en la categorización de montubios. En estas caracterizaciones, se puede notar un parecido con las percepciones serranas del indio. El montubio es representado como incivilizado, inculto, con una pobre vivienda y solo redimible mediante la educación.²¹ En las monografías costeñas la población campesina se exhibe como parte de las haciendas, y se omiten eventos conflictivos como los que ya fueron importantes y notorios en Milagro en los años treinta.²²

EL MUNDO LOCAL Y LO NACIONAL

En una época de centralización, un aspecto que toma cuerpo después de 1930, es el puesto de lo local en las relaciones entre el Estado y los municipios. La institucionalidad municipal reproducía una jerarquización similar a la de la división político-administrativa. Una Asamblea de Municipios reunida en Quito a comienzos de marzo de 1931, discutió sobre la autonomía municipal, y el papel que podían cumplir los municipios adoptando medidas tendientes a la protección de la industria harinera y el fomento de la agricultura, temas de política nacional. En esa ocasión la voz cantante la tenían los municipios de Quito, Cuenca y Guayaquil.²³ Una década más tarde, el Primer Congreso de Municipios reunido en 1941, ya incorpora temas de tipo rural y consideraciones que iban más allá de los municipios de capita-

20. José María Coba Robalino, *Monografía general del cantón Pillaro*, Quito, Prensa Católica, 1929. Coba Robalino fue un sacerdote que tuvo varios períodos de estadía en pueblos y ciudades de la Sierra central que han quedado registrados en sus memorias autobiográficas. Ver *Memorias de un cura en la época alfarista*, Quito, SAG, 1995.

21. Fritz, "La vida campesina", en José Buenaventura Navas, *Manabí*, 1936, pp. 257-259.

22. Arturo Salazar Quiroz, *El cantón Milagro 1935-1936*, Guayaquil, Imprenta Reed, 1936.

23. Las informaciones sobre la asamblea de municipios de 1931, fueron publicadas en *El Día*, 3-10 de marzo de 1931.

les de provincia, aunque éstos siguieron siendo las voces predominantes. En ese congreso se aprecia el anhelo de impulsar vías de comunicaciones regionales e interregionales para lograr la intercomunicación nacional. También se formulaba una demanda de ciertos cambios agrarios que enunciaban algunos municipios en torno a la necesidad de tierras para campesinos y ensanchamiento de poblaciones.²⁴

Una forma de percepción de lo local que se introduce después de 1930, son los textos de “lugar natal” y las secciones del mismo tipo en los libros escolares más generales. Por su mayor alcance en términos de audiencia, los libros de lugar natal tuvieron seguramente mayor influencia que las monografías. Era un modo de transmisión del conocimiento geográfico e histórico que hacía que los escolares asimilen los vínculos entre las figuras históricas y los lugares.²⁵ Además se buscaba ubicar a los escolares respecto a los lugares político-administrativos y sus autoridades. Era un tipo de conocimiento local simplificado.

Existían otros modos de percibir lo local desde una posición de centralidad. Los diarios de circulación nacional, hechos en Quito y Guayaquil, presentaban breves informaciones y notas de tipo local que permitieron visualizar esos espacios. Desde 1930 y con más regularidad hacia 1950, los periódicos ya incluyeron notas y datos de corresponsales de provincia. Y sirvieron frecuentemente para dar a conocer demandas y peticiones al poder central.

A mediados del siglo XX, emergieron nuevas maneras de abordar el mundo local, desde una iniciativa conectada a las demandas de conocimiento estatal. Eran diagnósticos de carácter socioeconómico que se acercaban a un conocimiento de localidades y espacios rurales, con datos que procesaban la información estadística y otros generados por los investigadores. En estas circunstancias, el género monográfico perdía visibilidad.

Los procesos de estancamiento y éxodo de la población generaron una visión pesimista. Un comentario sobre Chimbo extensivo a la provincia de Bolívar, anota cómo ciertas circunscripciones se encuentran en un estado de atraso, agravado por el centralismo, y se proponía la anexión a la Costa como solución:

Ciertas provincias, por lo pequeño de su territorio, por la falta de extensión de sus ciudades y pueblos, más bien hubieran quedado como parte integrante de provincias más grandes; esto se agrava más, con el centralismo en el Ecuador. Ciertos sectores preferentemente privilegiados y otros sectores olvidados

24. *Primer Congreso de Municipalidades del Ecuador 1941*, Quito, 1942.

25. Ver José Ignacio Carpio, *Lugar natal de la provincia de Pichincha*, Quito, Escuela Tipográfica Salesiana, 1943.

con demasía. De ahí que, para un mayor número de bolivarenses la creación de un estado federal, no implicaría mayor cosa, tal vez, sería más provechoso que Bolívar por su situación geográfica estaría formando un sector costanero quizá más importante y respetable que el de hoy.²⁶

Después de 1940, aparece un nuevo condicionamiento que afecta la relación entre lo local y lo nacional, aunque esto no se advierta en todas sus implicaciones. Se trata de la modernización de la comunicación y el entretenimiento que trae el cine y la radio. Esto altera las relaciones entre la cultura letrada y los imaginarios nacionales. Pero adicionalmente, queda planteado un tema que fue generalmente esquivado por los escritores monográficos: la cultura popular.

De acuerdo a una definición amplia, lo popular serían las tradiciones culturales cristalizadas en la vida de amplios sectores sociales. Sus expresiones serían la religiosidad, las fiestas, tradiciones orales, producciones artesanales, la literatura producida por los mismos actores. Por ello es que las culturas populares han sido asimiladas a las prácticas culturales que tienen un ámbito de producción y realización en los sectores populares urbanos y rurales. Ellas están constituidas por elementos surgidos de las vivencias y experiencias codificadas en la vida social de grupos populares o étnicos específicos. Un aspecto problemático es el juego de intercambios y préstamos con la cultura dominante de la época, que se expresa en el sistema escolar, la “alta cultura” y los medios de comunicación.

Si lo popular puede simplemente ser entendido como un conjunto de hechos y prácticas que se pueden identificar en diversas épocas, surge un problema conceptual. En una circunstancia histórica determinada, tal como era la situación prevaleciente hacia los años cincuenta del siglo pasado, lo popular no existía como tema de conocimiento, sino que se hallaba subsumido en la noción de atraso y barbarie. En el Ecuador de mediados del siglo pasado, hablar de lo popular, era referirse al pueblo, lo plebeyo, generalmente como ideas de tipo negativo. Incluso los practicantes de la disciplina folklórica estaban condicionados por ideas de tipo civilizatorio. Así que establecer algún enunciado sobre la cultura popular pasa primero por entender cómo una época procesa el significado de lo popular.

En la sociedad ecuatoriana de mediados del siglo XX, con una densa jerarquización social y estigmatizaciones hacia las mayorías, difícilmente podían existir mercados culturales de tipo masivo. La cultura ilustrada, una de

26. Víctor del Mar, “Chimbo, abandono centenario”, en *La Calle*, III, No. 128, 22/08/1959, p. 27. Se cita un reportaje de Lilo Linke que había afirmado: “Para Chimbo se ha detenido el tiempo, a no ser por los postes de luz y uno que otro carro estacionado, se creería que es un pueblo naciente.”

cuyas expresiones más importantes era la Casa de la Cultura Ecuatoriana fundada en 1944, postulaba la necesidad de acercarse al pueblo con propuestas de divulgación cultural, pero estableciendo una distancia con expresiones tales como la artesanía popular, que podía ser exhibida y valorizada, pero como una expresión de reconocimiento de habilidad manual.

En la época predominaba la noción de que la cultura era algo que hacía referencia a una formación del gusto y una asimilación de cánones estéticos que implicaban la apreciación del arte, con lo que los sujetos populares solo eran susceptibles de ser educados o instruidos en la asimilación de las formas cultas de lo artístico. Lo popular venía a ser concebido como lo inculto. Por otro lado, se encontraban los folkloristas que en la Sierra y Costa ecuatorianas hacían recopilaciones de tradición oral y música popular que buscaban la autenticidad de la vida especialmente rural.

Sin embargo, la instalación de radioemisoras de alcance local desde los años treinta y una programación que incluía la divulgación del radioteatro en los años cuarenta, implicaba una llegada a públicos más amplios que tenían acceso a dramas con contenidos muy cercanos a la literatura de folletín.²⁷ También se vivía la “época de oro” del cine mexicano, que hizo que las películas mexicanas se exhibieran en cines especializados. Eran películas de charros, temas pasionales y de la vida popular urbana que alcanzaron una inmensa popularidad. Este acceso al cine mexicano proveyó de modelos masculinos y femeninos de belleza diferentes al cine norteamericano. Asimismo, los circuitos internacionales del espectáculo y la industria fonográfica local, difundían la música caribeña y colombiana, promoviendo referencias distintas a la música nacional. Se producía así una internacionalización de señales culturales diferentes a las de la cultura ilustrada.

Este nuevo acceso a la cultura de masas, llegaba crecientemente a las ciudades capitales de provincia y limitadamente a los pueblos más pequeños, dependiendo de la electrificación. Recojo aquí una opinión sobre el letargo de lo local serrano con el peso predominante de una vida encerrada que apunta a una imagen de poblados con débil contacto con la cultura de masas:

Excluidas Quito y Guayaquil, que son las cabezas de la bicefalia política del Ecuador, el resto del país se sume en la provincia y en la aldea, sin otras preocupaciones que las que se agitan como murciélagos en torno al campanario cercano. Pero la aldea se considera a sí misma como el ombligo del mundo o, mejor aún, el mundo termina en los confines de la aldea y más allá está un espacio vacío y desconocido, de donde llegan, de tarde en tarde, resplandores que

27. Ver Álvaro San Félix, *Radiodifusión en la mitad del mundo*, Quito, Editorial Nacional, 1991.

agitan al tranquilo vecindario. Si aún esto fuera poco, constriñendo a la aldea, asfixiándola, sobrevive una inmensa masa rural, cuyo único alimento cultural es la plática ocasional del señor cura, que el ciudadano de los agros oye entre bosquezos interminables. Sin entenderla y menos digerirla.²⁸

Esta imagen de los pueblos serranos del interior, retrata una situación estática y débiles cambios. Sin embargo, entre 1950 y 1960, estaba ya ocurriendo una transformación en algunos lugares que se vinculaban a carreteras interregionales, se ampliaba el sistema escolar y llegaban servicios del Estado central. También ocurría un resquebrajamiento parcial de las estructuras agrarias locales donde dominaba la hacienda. En determinadas zonas de la costa ecuatoriana, la colonización y la expansión de las actividades agroexportadoras, creaba una nueva red urbana.

MÚLTIPLES VISIONES DE LO LOCAL

Entre 1970 y 1990, predominaba la idea de que lo provinciano era anacrónico, junto con una creciente urbanización que subordinaba las formas rurales.²⁹ Esta sensación o este clima moral de desfase de lo provinciano, ocurría cuando se modernizaban las ciudades principales del Ecuador y surgía un nuevo tejido urbano alrededor de las zonas de desarrollo capitalista rural de la Costa ecuatoriana. Antes de ese momento, lo provinciano parecía tener su propio ritmo, y de algún modo, las monografías transmitían una sensación de concordancia con la marcha del progreso. El desarrollo de la urbanización y el creciente impacto de la cultura de masas, pudo tener un efecto poco motivador para la producción de monografías de ciudades capitales de provincia, al perderse el lugar y valor de una historia local de carácter tradicional, en el sentido de exaltar héroes locales o los grupos sociales dominantes. La erosión de valores asentados en la cultura aristocrática regional, se produce tanto por un “vacío” intelectual, como por la llegada de nuevos sectores sociales ascendentes que desafían a las antiguas clases propietarias.

28. Silvestre, “Disparatado rol de la ciudadanía”, en *La Calle*, No. 32, 26 de octubre de 1957, Quito.

29. Sobre estas sensaciones de anacronismo de lo provinciano en México, dice Carlos Monsiváis, “Todavía en los años sesenta, la Provincia solo admite una definición: la zona de inmovilismo y aceptación tímida y torpe del Progreso. Es el atraso orgánico que realza por oposición al dinamismo capitalino, la vitrina de las virtudes tradicionales, la Patria suave, la mezcla de candor y violencia (la cursilería que enarbola un machete), el lugar de origen de las figuras prominentes que, por serlo, allí jamás retornan”. “Para un cuadro de costumbres. De cultura y vida cotidiana en los ochentas”, en *Cuadernos Políticos*, No. 57, 1989, México, p. 87.

Los cambios agrarios y los procesos de urbanización produjeron un fuerte desajuste en el rol de las ciudades intermedias y pueblos de la Sierra. Las estructuras locales de poder se fisuraron y se alteraron las funciones económicas de los núcleos urbanos en circunstancias de cambios en las estructuras agrarias.³⁰ Una nota sobre Angamarca, un pueblo de Cotopaxi, a comienzos de la década del noventa, describe una situación ampliamente constatada en muchos sitios de la Sierra ecuatoriana:

Un pueblo que se muere, el índice de casas cerradas con candado y abandonadas es incontable, por ello, se le califica de pueblo fantasma, el éxodo de habitantes hacia la Sierra, Latacunga y Quito es alarmante.

El declive (sic) del asentamiento de la población contribuye a que sus calles sean simples senderos y chaquiñanes, los pocos que se han quedado son en la mayoría ancianos, que miran de cuando en vez, carros que se dirigen a El Corazón, quienes también por el abandono de la vía sufren enormes penalidades.³¹

Puede postularse que las situaciones de depresión económica local y regional, contribuyen a la ausencia de imágenes positivas como las que proveían las monografías. Y también un deterioro de lo que fue la cultura ilustrada provinciana, que no ha sido resuelto con la extensión del sistema universitario hacia muchas ciudades del interior.

Si uno se pregunta sobre la influencia que tuvieron las monografías en promover sentimientos de conciencia local, la respuesta sería que su impacto fue exiguo, dados los bajos tirajes y en ocasiones, su poca circulación real. Una indicación al respecto son las escasas reediciones. Se puede asumir como válida la observación de González para México: “Los libros de los historiadores locales se quedan confinados al círculo de los amigos, o se aburren en los escaparates de las librerías de provincia, o se empolvan en los rincones oscuros de las bibliotecas”.³²

Y más bien el pasacalle como género musical, se desarrolla en las décadas del cincuenta y sesenta como medio de afirmación local. Fueron cantos a provincias, ciudades y pueblos, que permiten definir el estatus progresista de una localidad y producir identificaciones locales. Un tipo de música popular que coincidió con el desarrollo de la radiodifusión local y regional.

30. David Preston, *Emigración rural y desarrollo en la Sierra ecuatoriana. Estudio de caso de Guamote, provincia de Chimborazo*, MAG, 1976; Simón Pachano, *Pueblos de la Sierra*, Quito, PISPAL/IEE, 1986; Hernán Ibarra, “Orígenes y decadencia del gamonalismo en la Sierra ecuatoriana”, en *Anuario de Estudios Americanos*, vol. LIX, No. 2, 2002.

31. “Angamarca, un pueblo que se muere”, en *Tribuna Extra*, 31 de agosto de 1992, Latacunga.

32. Luis González y González, *Invitación a la microhistoria*, p. 47.

En la segunda mitad del siglo XX, prosiguió con mayor intensidad la profundización de la división político administrativa y la consecuente creación de cantones y parroquias. Si bien esto ocurría en la Costa por un mayor dinamismo poblacional, en la Sierra se crearon cantones y parroquias en circunstancias de retroceso demográfico y depresión económica.³³ Esto implicó numerosos conflictos por jurisdicción y más demandantes de recursos del Estado, dada la baja capacidad de tributación local. Supuso vínculos entre nuevas autoridades electas, segmentos del aparato de Estado y políticos que intermediaban en recursos públicos. Un fraccionamiento territorial y político que permitió sustentar procesos clientelares poco estudiados.

La noción del territorio que proveían las monografías se altera, puesto que un territorio original se descompone en nuevos cantones y nuevas parroquias que ya no responden al anterior conocimiento monográfico. En la Sierra, los cambios agrarios, las demandas étnicas y el surgimiento de parroquias indígenas desde la década del setenta, pusieron en el tapete actores y conflictos que habían sido ignorados.³⁴

Además, las nuevas versiones de la historia local y regional que provienen de las ciencias sociales promueven otras interpretaciones. Desde la década de 1980, se han producido estudios históricos y geográficos que al incursionar en el estudio de localidades y regiones, tratan de dimensionar los cambios y especificar los lazos con lo nacional.³⁵ Las zonas de expansión de la frontera agraria, que aparecían como lugares ignotos en las antiguas monografías emergen con un perfil propio que evidencia nuevas relaciones urbano-rurales.³⁶ Para los intelectuales indígenas surge una forma de apropiación

33. Alain Dubly, *Los poblados del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1990, pp. 262-267.

34. El proceso que condujo a la formación de la parroquia Cacha en 1980, tras un largo conflicto con Yaruquies, fue relatado por Modesto Arrieta, *Cacha, raíz de la nacionalidad ecuatoriana*, Quito, Banco Central del Ecuador (BCE), 1984.

35. Desde el estudio de Jean Paul Deler, se produjo una mejor comprensión de los vínculos históricos y geográficos entre lo nacional y lo local en la larga duración. Ver *Ecuador, del espacio al Estado nacional*, Quito, BCE, 1987. Algunos estudios sobre la dimensión regional en un plano histórico: Silvia Palomeque, *Cuenca en el siglo XIX*, Quito, FLACSO, 1990; Galo Ramón, *La resistencia andina. Cayambe: 1500-1800*, Quito, CAAP, 1987; Juan Maiguashca, "La cuestión regional en la historia ecuatoriana (1830-1972)", en Enrique Ayala Mora, edit., *Nueva historia del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional/Grijalbo, 1992; Kim Clark, *La obra redentora. El ferrocarril y la nación en Ecuador, 1895-1930*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar/Corporación Editora Nacional, 2004. Un trunco proyecto editorial que pretendía realizar una *Enciclopedia de las provincias del Ecuador*, aparentemente solo publicó un volumen dedicado a Tungurahua en 1983. Este tiene una descripción histórico-geográfica, pero ya no hay galerías de hombres ilustres; se da más énfasis a datos demográficos y socioeconómicos y está profusamente ilustrado.

36. Patricio Velarde, *Santo Domingo de los Colorados: historia de su integración al espacio nacional (1860-1960). Desarrollo regional y crecimiento urbano*, Quito, CIUDAD, 1991; Fer-

ción de la historia de los grupos étnicos, que cuestiona o desdeña las versiones oficiales de la historia nacional y local, y en conflicto con el conocimiento histórico nuevo.³⁷

Pero existen otras formas de asumir lo local que muestran una variedad de perspectivas que van desde una revaloración de las culturas locales hasta las posiciones de los cronistas de ciudades, como encargados de dar legitimidad a ciertas miradas e imaginarios urbanos. Así mismo, la migración internacional produce nuevas conexiones de tipo virtual y la descentralización del Estado, genera conocimientos instrumentales de uso local.

Los estudios sobre la cultura popular auspiciados por el CIDAP de Cuenca, han ubicado el tema en un recorte provincial.³⁸ Son realmente etnografías que sintetizan los aspectos culturales de una provincia en un marco histórico y geográfico; y si bien hay cuidado en entender la diversidad cultural, lo urbano y lo rural, no está incorporada una concepción actualizada de la cultura popular de acuerdo con los enfoques sociológicos y antropológicos que consideran las prácticas culturales en sus relaciones con la cultura de masas moderna.

La notoriedad y visibilidad de los cronistas de ciudades se apoya en un oficio que era dedicado básicamente a las efemérides locales y nacionales. Mientras que los genealogistas buscan las raíces de lo local desde una perspectiva de ancestros familiares y eventos historiables que afiancen una identidad local de capas medias y élites de provincia. Los nexos familiares son validados en un terruño específico; la patria chica es también la patria familiar.

nando López, *La región de Santo Domingo de los Colorados. Historia Oral: 1900-1960*, Quito, Argos, 1991; Manuel Espinosa Apolo, *Puerto Quito. Un puerto en tierra adentro*, Quito, Municipio del cantón Puerto Quito, 2004.

37. José Almeida Vinuesa, edit., *Identidades indias en el Ecuador contemporáneo*, Quito, Abya-Yala, 1996. En esta compilación que reúnen textos de historias locales étnicas, elaboradas en el marco de un proyecto de recuperación de la memoria histórica indígena, los autores se toparon con la sorpresa de que los conocimientos disponibles sobre sus sociedades habían sido producidos por antropólogos o historiadores no indígenas. Esto producía un conflicto que se resolvía cuestionando el valor de los estudios antropológicos, aunque citándolos o procesándolos. Un análisis sobre la divulgación de la historia nacional basada en las versiones del Padre Juan de Velasco que llegaron a la parroquia de Cacha como uno de los lugares míticos del Reino de Quito, muestra la indiferencia de la población indígena ante una versión de la historia precolonial que sustenta el discurso nacionalista ecuatoriano. Habría más bien, una memoria localizada en la terminación de las relaciones de dominación desde un centro poblado mestizo. Ver Sergio Miguel Huarcaya, "Los límites de la maleabilidad de la historia nacional en Cacha, una jurisdicción indígena en los andes ecuatorianos", en *Revista Andina*, No. 40, primer semestre de 2005, pp. 101-124.

38. Algunas de estas monografías han sido coordinadas por Marcelo Naranjo. Con el genérico título de *La cultura popular en el Ecuador* y la provincia correspondiente, han aparecido desde 1980, las de Imbabura, Tungurahua, Carchi, Los Ríos, Esmeraldas y Manabí.

La migración internacional, ha producido un nuevo y sorprendente vínculo de lo local en un marco transnacional. Agrupaciones y asociaciones de migrantes han creado páginas web dedicadas a conectar los lugares de origen con los lugares de destino. Allí se encuentra información sobre la historia, tradiciones y eventos de los pueblos de origen. Así, el mundo local, se transforma en una información virtual, seguramente de mayor alcance al que pudieron tener las producciones escritas.

Con la descentralización del Estado, aflora la demanda de un conocimiento experto simplificado con los planes de desarrollo local. Es una documentación que adquiere un significado instrumental. Allí, lo que importa es la justificación de obras y uso de recursos. Emerge frecuentemente una visión que está desconectada de las articulaciones socioeconómicas locales y regionales, además de un fuerte desdén por el pasado.

Aunque persiste de modo residual la antigua forma de hacer monografías, y algunas autoridades locales que auspician la publicación de estos textos, encuentran una justificación en el fomento del turismo.³⁹

Todo esto son expresiones de una situación posnacional, como una condición de cuestionamiento al Estado nacional como fuente principal de identidad. Lo posnacional alude a que se abre un abanico de lealtades e identidades que ya no son exclusivamente definidas por imaginarios nacionales.⁴⁰ Por tanto, se produce una crisis de lo que se suele concebir como identidades nacionales. Éstas se encuentran asediadas por cuestionamientos étnicos que demandan la asunción del pluralismo cultural y presiones regionalistas que apuntan a un protagonismo político de las regiones. La imagen unificadora de la nación pierde piso.

Esto significa un cambio en la concepción del Estado nacional en su papel como expresión de la soberanía y proveedor de imágenes unificadoras en lo que se percibe como identidad nacional.

Entonces, hay múltiples formas de producción de lo local que generan interpretaciones y un clima de opinión en un ambiente de caducidad de las lealtades nacionales de viejo cuño. Ya no se trata solamente de la articulación de lo local en un significado nacional, sino de miradas diferentes desde intereses específicos que están resignificando lo urbano y lo local en una

39. Queda pendiente la evaluación más detenida de la producción de monografías aparecidas después de 1990. Una monografía de Pintag, escrita por un historiador local con formación académica, evidencia una motivación de reivindicación local: promover el paso de parroquia a cantón, sustentado en una amplia documentación de las raíces históricas que incorpora parcialmente los conflictos y las tensiones étnicas. Ver Rex Tipton Sosa Freire, *Miscelánea histórica de Pintag*, Cayambe, Abya-Yala, 1996.

40. Arjun Appadurai, *La modernidad desbordada*, Buenos Aires, FCE/Trilce, 2001, p. 177.

controversia que no aflora, pero que está pugnando por definir sentidos e interpretaciones.

Frente a la pluralidad de miradas vigentes, la anterior forma de conocimiento que sustentaron las monografías locales, no obstante, revela el éxito relativo del Estado nacional en diseminar una ideología territorial y la aceptación de los símbolos patrios, pero en el marco del terruño, la patria chica, desde la que se instaló la biografía del mundo local y se insertó en el Estado nación. Una forma eficaz en la que coexistieron las lealtades nacionales y la constitución de identidades y poderes locales.



BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre Rojas, Carlos, "Invitación a *otra* microhistoria: la microhistoria italiana", en *Histórica*, vol. XXVII, No. 2, 2003.
- Almeida Vinuesa, José, edit., *Identidades indias en el Ecuador contemporáneo*, Quito, Abya-Yala, 1996.
- Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica (FCE), 1993.
- Anderson, James, *The rise of modern State*, Brighton, Harvest Press, 1986.
- Andino, Patricio, *Enciclopedia de las provincias del Ecuador: Tungurahua*, Quito, Científica Latina, 1983.
- Appadurai, Arjun, *La modernidad desbordada*, Buenos Aires, FCE/Trilce, 2001.
- Arrieta, Modesto, *Cacha, raíz de la nacionalidad ecuatoriana*, Quito, Banco Central del Ecuador (BCE), 1984.
- Carbo, Luis F., *El Ecuador en Chicago*, Nueva York, Diario de Avisos, 1894.
- Carpio, José Ignacio, *Lugar natal de la provincia de Pichincha*, Quito, Escuela Tipográfica Salesiana, 1943.
- Clark, Kim, *La obra redentora. El ferrocarril y la nación en Ecuador, 1895-1930*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar/Corporación Editora Nacional, 2004.
- Coba Robalino, José María, *Monografía general del cantón Pillaro*, Quito, Prensa Católica, 1929.
- Compañía Guía del Ecuador, *Guía Comercial, Agrícola e Industrial de la República*, 1909.
- _____, *Memorias de un cura en la época alfarista*, Quito, SAG, 1995.
- Darnton, Robert, *La gran matanza de gatos y otros episodios de la historia de la cultura francesa*, México, FCE, 2004.
- Deler, Jean Paul, *Ecuador, del espacio al Estado nacional*, Quito, BCE, 1987.
- Del Mar, Víctor, "Chimbo, abandono centenario", en *La Calle*, III, No. 128, 22/08/1959.
- Dubly, Alain, *Los poblados del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1990.

- Espinosa Apolo, Manuel, *Puerto Quito. Un puerto en tierra adentro*, Quito, Municipio del cantón Puerto Quito, 2004.
- Estupiñán Bass, Nelson, “Acuarela de Esmeraldas 1920”, en *El Comercio*, 28 de marzo, 1994.
- Foucault, Michel, “¿Qué es un autor?”, en *Obras Esenciales*, vol. I, Barcelona, Paidós, 1999.
- Geertz, Clifford, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1990.
- Ginzburg, Carlo, *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik Editores, 1986.
- González, Luis, *Pueblo en vilo*, México, FCE, 1984.
- _____, *Invitación a la microhistoria*, México, FCE, 1986.
- Gorelik, Adrián, “Miradas sobre Buenos Aires: itineraries”, en *Punto de Vista*, No. 41, diciembre, 1991.
- Gramsci, Antonio, “Apuntes y notas para un grupo de ensayos sobre la historia de los intelectuales”, en *Cuadernos de la Cárcel*, tomo 4, traducción de Ana María Palos, México, Era, 1986.
- Guevara, Darío, *Puertas de El Dorado. Monografía del Cantón Pelileo*, Quito, Imprenta Moderna, 1945.
- Huarcaya, Sergio Miguel, “Los límites de la maleabilidad de la historia nacional en Cacha, una jurisdicción indígena en los Andes ecuatorianos”, en *Revista Andina*, No. 40, I semestre 2005, pp. 101-124.
- Ibarra, Hernán, “Orígenes y decadencia del gamonalismo en la Sierra ecuatoriana”, en *Anuario de Estudios Americanos*, vol. LIX, No. 2, 2002.
- Jaramillo Alvarado, Pío, *Historia de Loja y su provincia*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana (CCE), 1955.
- López, Fernando, *La región de Santo Domingo de los Colorados. Historia Oral: 1900-1960*, Quito, Argos, 1991.
- Maiguashca, Juan, “La cuestión regional en la historia ecuatoriana (1830-1972)”, en Enrique Ayala Mora, edit., *Nueva historia del Ecuador*, vol. 12, Quito, Grijalbo/Corporación Editora Nacional, 1992.
- Mann, Michael, *Las fuentes del poder social, II. El desarrollo de las clases y los Estados nacionales, 1760-1914*, Madrid, Alianza, 1997.
- Monsiváis, Carlos, “Para un cuadro de costumbres. De cultura y vida cotidiana en los ochentas”, en *Cuadernos Políticos*, No. 57, 1989.
- Moreno, Segundo, *Cotacachi y su comarca*, Quito, Ediciones Don Bosco, 1966.
- Naranjo, Marcelo, edit., *La cultura popular en el Ecuador: Imbabura*, Cuenca, CIDAP, 1990.
- _____, *La cultura popular en el Ecuador: Tungurahua*, Cuenca, CIDAP, 1992.
- _____, *La cultura popular en el Ecuador: Manabí*, Cuenca, CIDAP, 2002.
- Navas, José Buenaventura, *Monografía histórica e ilustrada del cantón Vinces*, Guayaquil, 1924.
- _____, *Monografía histórica e ilustrada de la parroquia de Manglaralto*, Guayaquil, Imprenta Guayaquil, 1923.
- _____, *Monografía histórica e ilustrada del cantón Daule*, Guayaquil, Imprenta Comercial, 1931.

- _____, *Monografía histórica e ilustrada del cantón Jipijapa*, Guayaquil, Imprenta Guayaquil, 1933.
- _____, *Monografía histórica e ilustrada de la provincia de Manabí*, Guayaquil, Imprenta Comercial, 1936.
- Pachano, Simón, *Pueblos de la Sierra*, Quito, PISPAL/Instituto de Estudios Ecuatorianos (IEE), 1986.
- Palomeque, Silvia, *Cuenca en el siglo XIX*, Quito, FLACSO, 1990.
- Preston, David, *Emigración rural y desarrollo en la Sierra ecuatoriana. Estudio de caso de Guamote, provincia de Chimborazo*, Ministerio de Agricultura y Ganadería, 1976.
- Primer Congreso de Municipalidades del Ecuador 1941*, Quito, 1942.
- Rama, Ángel, *La ciudad letrada*, Santiago, Tajamar Editores, 2004.
- Ramón, Galo, *La resistencia andina. Cayambe: 1500-1800*, Quito, CAAP, 1987.
- Salazar Quiroz, Arturo, *El cantón Milagro 1935-1936*, Guayaquil, Imprenta Reed, 1936.
- San Félix, Álvaro, *Radiodifusión en la mitad del mundo*, Quito, Editorial Nacional, 1991.
- Silvestre, "Disparatado rol de la ciudadanía", en *La Calle*, No. 32, 26 de octubre de 1957.
- Sosa Freire, Rex Tipton, *Miscelánea histórica de Pintag*, Cayambe, Abya-Yala, 1996.
- Stone, Lawrence, *El pasado y el presente*, México, FCE, 1986.
- Velarde, Patricio, *Santo Domingo de los Colorados: historia de su integración al espacio nacional (1860-1960). Desarrollo regional y crecimiento urbano*, Quito, CIUDAD, 1991.